



Alonso Zamora Vicente

Viejos retratos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Viejos retratos

El manojito de recuerdos familiares, amontonado, se ordena en el álbum de fotografías. Se le cuida amorosamente, con un rito celoso. Se acoplan las fotografías en el libro de piel suave y olorosa, con el broche doradito. Como un devocionario. Otras veces es, tan sólo, el álbum sencillo, lazo en el lomo, papel transparente y crujidor entre las hojas. Allí están los abuelos, seriecitos, sombrero hongo y cuello alto él, la falda interminable ella, el abanico semiabierto, colgado al cuello con una delgada cadenita de oro, y la deslumbrante pulsera, regalo de pedida, se la trajeron de París. Los adornos del polisón apenas se adivinan bajo el amarillo terroso de la lámina. Las tías-abuelas, innumerables, los ojos crecidos, una mantilla sobre el peinado alto, flores en el busto, y una borrosa leyenda de fotógrafo al [12] pie. Algunas están dedicadas, con esa letra grande y picuda que revela una forma de educación: «Tu queridísima prima que no te olvida un instante, Silvería», y debajo, más pequeñita, una fecha que ya no alcanzamos a leer. Luego las tías y los tíos más jóvenes, los que se sabe bien quién son, aunque no nos acordemos de con quién se casaron, ni a dónde han ido a parar. La lección ante el álbum es siempre parecida, siempre hay una voz tibia, cansada, que va haciendo la presentación: «Esperancita, qué bonita era, se casó con un bala rasa, no supimos más de ella, se la llevó a América. (Y se discuten las noticias, si tuvo o no tuvo niños, y si fue o no desgraciada, mientras Esperancita, impasible, sostiene, sonrisa anchísima, un espejo contra la pared con una mano, como temerosa del derrumbe, y con la otra levanta discretamente la falda para que se vea el zapato nuevo, afiladísimo). Y éste es Federico, se retrató en la calle del Príncipe, parece que le estoy viendo, con su pantalón color membrillo y su bastón de plata. Tan simpático, tan cortés. Sabía mucho, se murió de una pulmonía. Ya sabes, hijo, lo que son las cosas, la viuda, sí, ésa, se casó enseguida con el empleado que tenían, si el pobre levantara la cabeza. Ah, mira éstos son tus padres. Qué uniforme tan elegante. La foto es mala, aún eran novios, era una gloria verlos, tu tía Marina se consumía de envidia, y qué mantilla de Almagro; blanca, como no había dos, y el rosario que lleva es de Tierra Santa, menudo regalo, aquí ya están [13] [14] casados, cómo llovió aquel invierno. Esta niña muerta es Florentina, tenía siete años, mira qué caja tan bonita, ya era una mujer, la amortajaron con el vestido de primera comunión, parece dormidita. Ya tendría cuarenta años. Este es Luis, sirvió en ferrocarriles, ya ves qué máquina tiene ahí detrás, era un juerguista, ¿qué novia tendría entonces?, no me acuerdo bien. Ya salieron éstas, las amigas de tu tía Rosa, tan redichas, tan antipáticas, fíjate qué sombrero llevan, con ciruelas y todo, eran unas marisabidillas, su padre era notario, vivían en la calle Mayor, donde la Compañía Colonial. Justa, la pequeña, nunca supo rizarse las patillas, y de presumidas: un horror. (No pases tan deprisa, se arrugan las hojas). Aquí viene Lolita, la del capitán de carabineros, con su radio de galena, dónde vivirá, se casó con un maestro. Tu tío Pedro, que se mató en un accidente cuando llevaron la luz al pueblo, parece que lo tengo

delante, alto, muy señor, ay Dios mío, qué tiempos, si parece que fue ayer y tú no habías nacido (enciende, no veo bien), y quién será ésta del abrigo de pieles, no caigo, será la de Serafín, el arquitecto. Aquí estamos todos cuando la boda del Rey, vinieron los tíos a ver las fiestas, qué susto, sabes, tiraron una bomba, nos libramos de milagro. Mira Pepe en París, con sus compañeros de promoción, todos abogados nuevecitos, dijo que había ido a Roma en viaje de fin de carrera, pero, quiá, se gastó los cuartos en París, lo sé yo muy bien, tan perdido como ahora, menos mal que le quedó para [15] volver. Sí, sí, a Roma ése. Esta es Lucía, la chica mayor de Paco, callada, sosita, se metió monja, no sé por dónde anda. Ay, mira, mira, el Carnaval aquél, en que nos vestimos, qué adefesios estamos, es el asalto del Casino, aquello eran bailes. Bueno, aquí está tu padre otra vez, en su huerto, le gustaba mucho cuidar las plantas, y tener frutos extraños, y regar, ya caída la tardecita, los cuadros de rosales, de lirios, de celindas, de tulipanes. Aquí está podando el granado aquél que dio su primer fruto el año que tú naciste. Ya estáis todos aquí, os retrató don Juan, el médico, éste del chaleco claro y barba (no te echés encima), y aquí ya vais con el luto por tu madre, qué medias te pusieron, sería tu prima Aurelia, tan cursi siempre la pobre, y aquí está tu primer pantalón largo, muy flacucho estabas...».

[13]

Triste regreso pálido el del álbum de fotografías. Resurrección fugaz, charla inútil de sus caras definitivamente sonreídas, imposible reajuste con el ajetreo de cada instante, leve sentimiento que se esfuerza por hacerse vivo entre distintas angustias opresoras. Cuando se cierra el álbum otra vez, un suavísimo hielo enmudecido se acomoda sobre sus páginas, apresándolo. ¡Qué silencio delgado, tenso de músculos que mantienen, tercos, su postura, bajo el lento amarillo creciente de los años! Toda la vida agolpada en la frágil cartulina, sin primavera ni otoño, luz inmóvil, blandamente poblada en el recuerdo. Cada foto que se observa es sorprendida en el vago sobresalto de reiniciar su gesto de álbum, [16] un poco muerto ya también, recelando disgustar y que la quiten. Otras imágenes, cada vez más próximas, vienen empujando, oprimiendo desde su oscuro origen de múltiple Contax, picnic, montaña, traje de baño, fiestecitas de club, a las venerables faldas abundosas, tontillo de raso, mantillas, la foto-estudio de «A la ilusión. Príncipe Pío, 50; Madrid, 1880». Y una amable ternura mantiene en su sitio la vieja cartulina, quién será, qué ojos grandes, me recuerda a alguien que no acierto, seguramente olía a pacholí. Sí, ya no importa la cara, la pasajera identificación, sino la presencia de esa tarde alegre del retrato, vanamente eterna ya, y ajándose.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).